

LA RECONCILIACIÓN EN JUAN PABLO II

En una mirada al mundo de hoy y a la sociedad son muchas las realidades positivas que se



pueden objetar, pero, en contraposición a estas, existen también realidades no muy positivas y que denigran la dignidad del hombre y contradicen su propia naturaleza. Realidades enmarcadas en un ambiente de división entre personas, entre comunidades, pueblos, naciones, grupos sociales, raciales, ideológicos, en fin; toda una gama de situaciones que lo único que reflejan es división por todas partes. Frente a

este panorama el hombre se pregunta por el origen de dicha realidad y muchas veces, o nunca, encuentra la respuesta adecuada que sacie este interrogante, seguramente porque busca respuestas en realidades externas sin darse cuenta que todos estos fenómenos son causados por una herida en lo más profundo del mismo hombre, herida que a luz de la fe se llama **pecado**.

En días anteriores hemos presenciado en nuestro país cómo se libraba una guerra entre tres “grupos”, si podemos llamarlos así. Fuerza pública, población indígena y guerrilla se combatían por el dominio de un territorio defendiendo sus propios intereses, algunos por el bien común, otros a cambio, por un bien particular; realidad que se puede presenciar también en las altas cumbres de nuestro gobierno y en otras tantas instancias, y muchas veces nos preguntamos ¿cuál es la causa de tanto problema? ¿De dónde nace tanta situación que acaba con la armonía en la sociedad y la tranquilidad de la persona humana? Pues bien, en medio de este panorama es que la iglesia, como heredera y continuadora de la misión reconciliadora de Cristo en el mundo, lanza su grito a lo más profundo del corazón del hombre para invitarlo a reconocer que el origen de todas estas realidades divisorias se encuentra en el corazón del mismo hombre. El hombre, en particular, es causante de ello ya que en su interior ha rechazado el plan amoroso de Dios que nos invita a hacernos uno con Él y con su Hijo Jesucristo para que así construyamos la sociedad perfecta; el hombre no ha permitido que Dios ejerza su acción en él y ha preferido valerse de sus propias fuerzas en

la construcción del mundo, y es aquí donde se halla el error, el hombre no es capaz de nada si no cuenta con la ayuda de su Hacedor; realidad que él no ha podido reconocer.

La iglesia, ministra de Cristo en el mundo, hace un llamado al hombre a la penitencia y a la reconciliación. El hombre pecador que encarna la imagen del Hijo pródigo presentada en la Sagrada Escritura está llamado de la misma manera a volver a los brazos del Padre para así restablecer ese diálogo de amor. Si en el pecado se generó la ruptura con Dios, con el prójimo, con la naturaleza y consigo mismo, en la reconciliación y la penitencia se le ofrece

la manera de sanar esta ruptura, esta división. Esa es la misión que la iglesia como reconciliadora lleva a cabo en el mundo. En el presente se presenta como ese muro que no permite la comunicación entre los hombres, las naciones, personas y que causa toda clase de discordia y rechazo de Dios en su mundo; el hombre por el pecado se ha alejado ha echado a un lado. misericordia, no está morir en la oscuridad de



pero Dios, infinito en su mundo; el hombre por totalmente de Dios, lo Pero Dios, infinito en dispuesto a dejarlo su egoísmo y decide

salir a su encuentro y lo hace por medio de su Hijo Jesucristo, en quien nos ofrece la reconciliación, el perdón de nuestra infidelidad y que el hombre, en su libertad, está llamado a acoger. En esta reconciliación acompañada de la penitencia estamos llamados a reconstruir la armonía en el mundo.

Este camino marcado por la reconciliación y la penitencia debe llevar, como consecuencia lógica, a la conversión, conversión que implica un cambio desde lo más profundo de nuestro ser y que empieza con la conversión del corazón cuando el hombre es capaz de reconocerse pecador ante Dios y acepta esta realidad como la causa del mal, del alejamiento de Dios y por ende de los hermanos y, luego, esa conversión tiene que pasar del corazón a la vida, a traducirse en hechos concretos encaminados a sanar la herida que se ha causado con el pecado, pues se ha hecho consciente que su pecado, por más personal que haya sido, ha afectado de una u otra forma a la sociedad.

Esta es la pastoral que la iglesia ha de ejercer en el hombre para reconducirlo a Dios. Ha de ser una pastoral movida por su misma naturaleza y misión que le ha sido confiada por el mismo Cristo, su Fundador y Cabeza. Por medio del diálogo, la catequesis y los sacramentos, la iglesia busca encaminar al hombre a la reconciliación con el hombre, la naturaleza, Dios y consigo mismo. La penitencia, la reconciliación, la formación de la conciencia, el sentido del pecado, la tentación, el ayuno, la limosna, la cuádruple reconciliación, son realidades que el hombre debe conocer y ser consciente de ellas para poder llevar cada vez mejor un camino de reconciliación que le permita volver a los brazos del Padre.

Finalmente, el hombre que por el pecado ha instaurado una realidad “babélica”, es decir, de división en el mundo, es el mismo que está llamado, por medio de la reconciliación, la penitencia y la conversión, a restablecer aquella armonía perdida. Cuando esto se cumpla, será entonces cuando podremos decir que la iglesia y el hombre han cumplido con la misión que Cristo les confiaba por medio de las palabras pronunciadas al inicio de su ministerio público: *“convertíos y creed en el evangelio...”*.

WILMAR SEGUNDO QUIROGA CORREA
Primero de Teología
06 de agosto 2012